

ACTAS



المُنَسِّق



I JORNADAS DE CULTURA ISLÁMICA ALMONASTER LA REAL HUELVA 12-15 de Octubre de 2000

Editores

Juan Aurelio Pérez Macías.

Yolanda Benabat Hierro.

Patrocina

Ayuntamiento de Almonaster la Real

MÉRTOLA ISLÁMICA. LOS ESPACIOS DE VIVIENDA

Susana Gómez Martínez
Campo Arqueológico de Mértola

Mértola es un pequeño pueblo del interior de Portugal situado a más de setenta kilómetros de la costa a orillas del río Guadiana (figura 1). Aunque actualmente se encuentra bastante aislado de las áreas de desarrollo económico y comercial, su íntima conexión con el río proporcionó a Mértola durante siglos una estrecha comunicación con la costa y con las civilizaciones mediterráneas.

BREVE CARACTERIZACIÓN HISTÓRICA Y GEOGRÁFICA DE MÉRTOLA

Mértola, en épocas pasadas, fue el centro de un vasto territorio cuyos contornos podemos deducir a partir, sobre todo, del documento medieval por el cual Sancho II donó Mértola a la Orden de Santiago en 1239. Por el Sur el límite era, como en la actualidad, el arroyo Vascão; por el Oeste continuaba hasta las proximidades de Almodovar, el arroyo de Cobres y, ya al Norte, el de Terges. En su sector oriental, el límite es menos claro. Según el texto de la donación, “*contra serpam et alfagiar de penna et aiamonte due partes de termino sint de mertola*” lo que correspondería a la mitad del territorio que separaba Mértola de Serpa, de Alfajar de la Peña y de Ayamonte y significa una extensión mayor al Oeste que el actual límite del Chanza (MACIAS, 1996: 18).

Estos límites del territorio de Mértola adoptados por los nuevos dominadores cristianos debían ser los mismos que los existentes en el último período de dominio islámico. No obstante, al Este las fronteras no debían estar siempre bien definidas y de ahí la mayor imprecisión al respecto del texto de la donación de 1239.

Las características geográficas de la región han favorecido desde la más

remota antigüedad el asentamiento de grupos humanos aunque los recursos no son todo lo generosos que podría desearse, sobre todo para la agricultura. Uno de los aspectos determinantes del establecimiento de grupos humanos en la zona fue, sin duda, el aprovechamiento de los recursos geológicos del Cinturón Ibérico de Piritas. Desde la antigüedad, especialmente en época romana, el cobre, el oro y la plata fueron explotados intensamente en los denominados "chapeus de ferro", que son la zona más superficial y alterada de los yacimientos de sulfuros (OLIVEIRA y OLIVEIRA, 1996: 11).

Desde el punto de vista de los recursos agrícolas, el panorama no es tan favorable. Los suelos de la región son muy pobres y delgados y su clima seco no aporta recursos hídricos suficientes a las tierras. En consecuencia, la agricultura no es propicia para la instalación de sistemas de regadío ni de grandes explotaciones de secano, por lo que el aprovechamiento de la dehesa debió ser el recurso principal. El pastoreo y la recolección de productos silvestres fueron, sin duda, las fuentes principales alimenticias.

Las condiciones geoestratégicas fueron las que determinaron la importancia de Mértola a lo largo de los siglos. El río Guadiana constituyó, cuanto menos desde la Edad del Hierro, la gran vía de comunicación que unió Mértola a la costa y a las civilizaciones mediterráneas.

La subida de la marea, justo hasta Mértola, es lo que determina su navegabilidad, que sólo se ve imposibilitada por crecidas excepcionalmente fuertes. Siendo este lugar el punto de ruptura de la navegación fluvial del Guadiana, la localización en él de un núcleo urbano con funciones eminentemente comerciales y de articulación del tráfico comercial regional era inevitable.

Pero, además de las razones geoestratégicas de localización, el río aseguraba por sí mismo la obtención de los recursos básicos para cualquier población. Era fuente inagotable de agua, de alimentos y de energía. De este modo, incluso en las épocas de colapso del tráfico mercantil internacional, Mértola se mantuvo como núcleo urbano.

La localización topográfica de la ciudad, frecuentemente ensalzada por los geógrafos árabes, era inmejorable desde el punto de vista estratégico y defensivo. Situada en la confluencia del arroyo de Oeiras con el río Guadiana sobre un promontorio abrupto, sólo el sector norte de la urbe quedaba desprotegido. En ese sector norte es donde se organizaron, a lo largo de diversas épocas, imponentes sistemas de fortificación.

Los orígenes exactos de la ciudad son desconocidos, aunque excavaciones recientes en el recinto fortificado del Cerro do Benfica y algunos hallazgos descontextualizados atestiguan la existencia de un centro urbano de gran importancia al menos desde la Edad del Hierro.

En época romana tuvo una importancia relevante. Su ocupación se produjo bastante temprano, durante la primera mitad del siglo II a. C. (ALARCÃO, 1990).

Varios autores clásicos (Plinio, Mela, Ptolomeo, etc.) mencionaron a Mértola entre las principales ciudades del sur de la Península Ibérica (VEIGA, 1880; GARCÍA Y BELLIDO, 19783; GUERRA, 1995). Fue una de las primeras que recibieron el derecho del Lacio, probablemente de César, y tuvo derecho de acuñar moneda en época republicana. A pesar de ello, los vestigios epigráficos de esta primera época romana son exiguos y la mayor parte de la epigrafía latina no cristiana es de los siglos II y III.

Mértola no perdió importancia en el tránsito a la Edad Media. La arqueología nos está revelando un conjunto de construcciones de enorme interés datables entre los siglos V y VI. En el siglo V fue construida una interesante basílica funeraria de doble ábside que articulaba una importante necrópolis. Dicha necrópolis ha proporcionado una de las mejores colecciones de epigrafía latina cristiana de la Península Ibérica con fechas que van desde finales del siglo V al inicio del siglo VIII (DIAS, 1993).

Probablemente podemos datar en el siglo VI un gran programa de obras en la zona Norte del espacio intramuros de importancia destacada. Sobre la plataforma generada por un criptopórtico, se acondicionó un enorme edificio de carácter religioso del que conocemos sólo algunas dependencias. Entre ellas destaca una gran sala rectangular ocupada por un baptisterio de planta polilobulada y a la que se abre un ábside de planta de herradura. En todo el conjunto destacan, de forma ostensiva, los revestimientos de mármol y los pavimentos de mosaico, cuidadosamente elaborados, que exhiben paneles figurativos de una riqueza plástica notable.

En el siglo VII Mértola decayó profundamente. Un síntoma de esa decadencia lo encontramos en la menor presencia de epigrafía de ese período. Esta decadencia se prolongó durante las siguientes centurias. Los primeros siglos de dominio islámico en Mértola son los más oscuros para nosotros. Sabemos únicamente que algunos de los edificios religiosos de la antigüedad tardía mantuvieron ocupaciones marginales en época islámica. No obstante, los vestigios de esta ocupación son muy poco esclarecedores y no permiten definir con exactitud hasta cuándo pervivió esta ocupación marginal.

Las referencias en las fuentes de época islámica son muy parcas. Apenas informan de la presencia de Mértola en los itinerarios que unen la costa del Algarve con el interior (IDRISI, 1989: 83-84) y su pertenencia administrativa a la provincia más meridional del Garb al-Andalus (IDRISI, 1866: 175/211).

Únicamente disponemos de alguna información adicional en las épocas turbulentas de las primeras y segundas Taifas en que Mértola se erigió en cabeza de un territorio independiente durante cortos intervalos de tiempo. El primer período de independencia se dio con Ibn Tayfur hacia mediados del siglo XI (1044) fecha en que se produce la anexión del territorio al reino abbadí de Sevilla. El segundo período independentista tuvo lugar a mediados del siglo XII (hacia 1144) y estuvo protagonizado por el "iluminado" Ibn Qasi aunque apenas duró un año, aplastado

por el poder almohade que mantuvo la ciudad bajo su control hasta la conquista cristiana en 1238 (GOULART, 1992).

LA CONFIGURACIÓN URBANA DE MÉRTOLA EN ÉPOCA ISLÁMICA

Poco o casi nada nos informan estas fuentes sobre la configuración de la ciudad. Insistentemente alaban su inexpugnable fortificación (FAGNAN, 1924: 86), nada más. Hoy en día es difícil distinguir en el conjunto de las defensas de Mértola qué estructuras pertenecieron a época islámica, pero todos los indicios apuntan a que el recinto amurallado fuese muy semejante al actual (fig. 2).

La ciudad se extendía fuera de ese recinto por el noreste ocupando una ladera al borde del Guadiana denominada Cerca da Aroochela en la que se ubicó un arrabal (fig. 2, 5). Aunque la investigación arqueológica en esta zona se está iniciando, los primeros indicadores señalan la presencia, junto al actual muelle del Guadiana, de un arrabal islámico que pudo estar antecedido por un pequeño barrio de pescadores de época tardo romana (MACIAS, 1996; LOPES, 2000).

Fuera de las murallas conocemos razonablemente bien el cementerio. Éste se situaba sobre el emplazamiento de la antigua necrópolis paleocristiana a la que pudo dar continuidad. La orientación de algunos enterramientos y las características constructivas de algunas sepulturas han llevado a considerar como posible un período de transición en el que algunas sepulturas mantendrían elementos aislados de las costumbres paleocristianas mezclados con elementos ya adaptados plenamente al rito musulmán (MACIAS, 1993).

En cualquier caso, el trazado de la maqbara no coincidió con la implantación de la necrópolis paleocristiana. Mientras que ésta se prolongaba desde las proximidades de la basílica hacia el río, la primera se extendía por la ladera hacia el sur en dirección a las murallas (fig. 2, 4; CANDÓN *et alii*, e.p.).

La mayor parte de los enterramientos islámicos se produjeron en un momento en que la basílica paleocristiana estaba completamente arruinada. Muchos de ellos cortaron con sus fosas los muros del edificio cristiano. No obstante, la ausencia ritual de cualquier tipo de ajuar funerario dificulta enormemente la adjudicación de una cronología concreta para todos estos enterramientos que sólo podemos datar de forma lata entre el siglo VIII y el XIII.

El recinto fortificado de Mértola en época islámica respetó y conservó buena parte del trazado tardorromano. Ese trazado, que básicamente es el mismo que encontramos en la actualidad, debió contar con tres entradas. Una de ellas comunicaba la ciudad con su puerto en el Guadiana. Seguramente estuvo en el mismo sitio en el que se localiza la Porta da Ribeira, abierta bajo la Iglesia de la Misericordia y actual Museo de Arte Sacro (fig. 2, 7).

Una segunda entrada estuvo situada, hasta fechas recientes, en el sector Norte (fig. 2, 6). Era conocida como Portas de Beja porque se destinaba a servir de acceso

a la vía terrestre que conducía a esa ciudad. Se conservó hasta principios del siglo XX en que fue destruida para dar lugar al Mercado Municipal. No han quedado testimonios gráficos claros que permitan evaluar la cronología de la construcción existente hasta ese momento, aunque cabe especular con la posibilidad de que tuviese algunos elementos islámicos.

Otra puerta, denominada tradicionalmente como Portas do Buraco, debía dar acceso al arroyo de Oeiras (fig. 2, 8). Esta entrada debía comunicar con una vía terrestre en dirección al Algarve que sustituyese a la vía fluvial en los casos extraordinarios en que una crecida fuerte y persistente impidiese el tráfico por el río.

La topografía del cerro nos inclina a pensar que no existirían otras puertas, ya que, si éstas existiesen, se abrirían a áreas muy escarpadas donde sería poco cómodo abrir un camino o a zonas próximas a las puertas que hemos mencionado tornándolas innecesarias.

Seguramente, el recinto fortificado de época islámica respetaba el trazado de la fortificación tardo romana que, en buena parte, se mantendría en pie. De hecho, la parte norte de la muralla conserva paramentos de la antigüedad tardía prácticamente intactos.

La intervención más fuerte en las fortificaciones urbanas de la Mértola islámica tuvo lugar en época almohade en que parece haberse construido un antemuro del que conservamos escasos restos; en concreto sólo se ha constatado una torre de tapial, los cimientos de una segunda y pequeño tramo de muralla. También en esta época se refuerzan las defensas de la muralla norte con la construcción de sólidos torreones cuadrangulares. Estos torreones amortizaron algunas de las viviendas del barrio que denominamos de la Alcáçova y obligaron a otras a adaptarse a la nueva topografía de la muralla (MACIAS, 1996).

No hay duda alguna de la existencia de una alcazaba en la cumbre de la península formada por el Guadiana y la ribera de Oeiras. La fortaleza ocuparía el extremo noroeste de la ciudad (fig. 2, 1) y tendría una extensión semejante a la del Castillo actual. Es más, conservamos algunos lienzos que existirían ya en época califal.

Algunos indicios apuntan hacia la existencia de una entrada en codo ya en un momento bastante antiguo de época islámica –el siglo VIII según ZOZAYA (1998: 41). Un primer indicador es la existencia de dos torreones de planta semicircular flanqueando la puerta de entrada. Uno de ellos se encuentra en pie, el otro fue substituido posteriormente por una torre cuadrangular, aunque se conserva la base de su predecesor. Otro indicio es el módulo extraordinariamente grande de los sillares que flanquean el segundo vano de la puerta.

A falta de una excavación en área, los sondeos realizados hasta ahora en el interior del castillo nos permiten, al menos, afirmar la existencia en su interior de un conjunto de viviendas bien provistas de infraestructuras urbanas (CANDÓN *et alii*, e. p.).

Fuera de la alcazaba no ha sido posible, hasta el momento, documentar ninguna otra estructura islámica anterior al siglo XII. Esto se puede deber, en parte, a que las posibles construcciones de ese período fueron destruidas por las sucesivas obras de edificación de épocas posteriores. De este modo, las excavaciones del solar del Ayuntamiento de los años ochenta no detectaron niveles islámicos exceptuando el fondo de una fosa aséptica que cortaba los muros de una casa de época romana. Los niveles islámicos habían sido completamente arrasados por la construcción del edificio municipal del siglo XIX.

El siglo XII fue palco de un gran número de obras que alteraron, marcadamente, la configuración de la ciudad. Una de las más relevantes es la construcción (o reconstrucción) de la mezquita alhama (fig. 2, 2), de la que se conserva una parte significativa a pesar de las transformaciones que sufrió desde su conversión en iglesia parroquial (EWERT, 1973; BOIÇA y BARROS, 1999).

Su ubicación en una plataforma elevada en relación a los terrenos situados al sudeste la tornaron expresivamente visible, sobre todo para quien contemplase la ciudad desde la margen opuesta del río Guadiana. Es posible que en ese espacio ya hubiese un templo cristiano o romano anterior con el cual se han relacionado dos capiteles corintios y otros elementos arquitectónicos decorativos de época tardorromana que se hallan reutilizados en las paredes de la iglesia.

Los restos conservados y los datos proporcionados por los documentos de época medieval y moderna nos permiten deducir que se trataba de un edificio orientado hacia el Sudeste, de cinco naves separadas por arquerías de seis tramos cada una (BARROS *et alii*, 1996: 68-69). Sabemos que estos arcos eran de piedra, posiblemente en forma de herradura, y sostenían cinco tejados a dos aguas. Junto al muro más occidental se situaba el alminar, de planta cuadrada que, según el dibujo de Duarte D'Armas de inicios del siglo XVI (ALMEIDA, 1943), estaría constituido por dos cuerpos (fig. 3 y 4).

Conservamos cuatro de las puertas de ingreso a la antigua construcción islámica; tres situadas en su fachada norte y otra en el muro de la quibla. Todas ellas están construidas en piedra y ladrillo y poseen arco de herradura ligeramente apuntado encuadrado en su correspondiente alfiz. La parte conservada más interesante es el mihrab que posee aún la decoración en yeso de época almohade.

El área circundante a la mezquita también fue profundamente transformado en el siglo XII. En la segunda mitad de este siglo se construyó, en el sector noroccidental de la ciudad, un denso barrio de viviendas bien planeado y estructurado, dotado de infraestructuras urbanas bastante notables. Ese barrio tuvo diversas modificaciones de menor índole que afectaron a una u otra vivienda de forma particular, pero no al conjunto completo (fig. 2, 3).

La siguiente gran alteración urbana intramuros se produjo, precisamente, en esta zona de la Alcáçova do Castelo inmediatamente después de la conquista cristiana de 1238 cuando el denso y tortuoso barrio almohade fue desmantelado de

forma sistemática para crear un territorio libre de construcciones alrededor de la fortaleza santiaguista. Sin duda, los caballeros de la Orden de Santiago quisieron despejar los terrenos contiguos al Castillo para evitar un ataque sorpresa al abrigo del enmarañado urbano.

El terreno que quedó libre entonces fue destinado a servir de cementerio cristiano que se manifestó especialmente denso en las proximidades de la Iglesia Mayor que había ocupado, entre tanto, el antiguo edificio de la Mezquita Alhama.

De estas líneas sobre la evolución urbana de Mértola se desprende que no son muchos los datos disponibles actualmente sobre los espacios de vivienda en época islámica de la ciudad. No obstante, los hallazgos del Castillo y de la Alcáçova nos facilitan informaciones precisas sobre dos momentos diferentes de la vida de la Mértola islámica.

EL CASTILLO DE MÉRTOLA

Como es habitual en este tipo de edificios, el castillo de Mértola sufrió a lo largo de los años profundas transformaciones. Lo que conservamos actualmente de él es fruto, en su mayor parte, de las obras efectuadas por la Orden de Santiago entre la segunda mitad del siglo XIII y la primera del XIV en que Mértola fue la sede de la Orden para el territorio portugués. Sin embargo, creemos que algunos elementos de la antigua Alcazaba islámica pervivieron, aunque resulta muy difícil designar con exactitud cuáles. El hecho de que las técnicas constructivas utilizadas en los distintos períodos sean bastante semejantes, dificulta la identificación y datación exacta de cada una de las distintas partes de la fortificación.

Más atrás referíamos algunas estructuras de origen islámico embutidas en construcciones más recientes. Debemos suponer que la fachada sur del Castillo debió ser parecida a la que conocemos en la actualidad (fig. 5). La puerta, flanqueada por dos torres semicirculares, se situaría en uno de sus extremos tal y como ocurre actualmente. La topografía del terreno nos incita a pensar que la largura del recinto sería semejante a la actual ya que, al suroeste de la meseta que actualmente define el espacio amurallado, el declive del terreno es muy pronunciado.

En 1996, se llevaron a cabo sondeos en el interior del recinto del Castillo como paso previo a una intervención en el monumento. En uno de ellos se excavó un área cercana a los 75 m² junto al lienzo sudeste de la muralla, en el lugar donde la documentación del siglo XVI ubicaba las caballerizas (BARROS *et alii*, 1996). Sin embargo, las excavaciones no revelaron ningún rastro de tales estructuras, que habrían sido completamente destruidas en los siglos XVII y XVIII.

En su lugar fueron encontrados un pavimento argamasado bastante inclinado y una canalización formada por atanores de cerámica que conducirían aguas, posiblemente recogidas del adarve, en dirección a la cisterna del castillo. Estas

conducciones de agua deben relacionarse con la reconstrucción de la cisterna hacia los siglos XVII o XVIII.

Inmediatamente debajo de esta canalización y del pavimento argamasado, a escasos centímetros de la superficie, aparecieron los cimientos de unas estructuras de época islámica (fig. 6). Los pavimentos de estas estructuras y el alzado completo de sus muros habían sido destruidos completamente. Es muy posible que esa destrucción se hubiese producido en el siglo XIV con la gran campaña de obras emprendida por el primer Mestre de la Orden Don João Fernandes, aunque no tenemos ninguna evidencia al respecto. No obstante, podemos hacernos una idea de la magnitud de las obras emprendidas por los santiaguistas a través la Torre del Homenaje construida hacia 1292 como atestigua la lápida encastrada sobre su puerta (TORRES *et alii*, 1991).

Volviendo a las construcciones de época islámica, se aprecia una orientación de los muros muy semejante a la del lienzo sur de la muralla del castillo sobre el que se apoyan algunas de ellas. Los cimientos tenían, por regla general, una anchura de entre 70 y 80 cm. de mampostería trabada con barro. Los mampuestos consistían en bloques de esquisto irregulares de diversos tamaños aunque predominando los de dimensión media y forma cuadrangular.

Algunas estructuras eran más estrechas y ocupaban espacios interiores entre los de mayor anchura, lo que nos llevó a pensar que se trataría de elementos no estructurales sino destinados a trabar los muros de mayores dimensiones. En estos casos el murete sólo era careado por un lado, quedando el otro con una configuración irregular.

La distribución espacial y funcional de estos edificios nos es todavía desconocida, pero se han conservado algunos elementos que nos permiten determinar el carácter urbano y residencial de estas construcciones. En concreto se trata de una canalización de una letrina y una fosa aséptica que no fueron afectadas por las obras bajomedievales. Ambas se encontraban perfectamente selladas en el momento de su hallazgo.

La fosa era un espacio subterráneo adosado a los cimientos de una estructura de vivienda, construido con paredes de piedra trabada con barro y de sección de forma aproximadamente piriforme. Lateralmente se le adosaban dos muretes de técnica constructiva semejante que parecían estar protegiendo la fosa por los lados en que ésta no se apoyaba en el muro de la casa.

La boca de la fosa aséptica quedaba a una cota más baja que estos muretes de protección, era aproximadamente ovalada y estaba cubierta por un conjunto de lajas de esquisto de grandes dimensiones bien organizadas. Sobre ellas encontramos un nivel bastante fiable estratigráficamente aunque muy próximo a la superficie, en el que fue encontrado una moneda de plata datable en época almorávide

Tanto los contextos estratigráficos encontrados en el interior de la fosa como los que la cubrían estaban compuestos por la tierra suelta y verduca característica

de estos depósitos de desechos. La canalización que comunicaba esta fosa con la respectiva letrina se abría en el muro de mampostería y poseía en su interior un estrato con el mismo tipo de tierra de la fosa.

En el interior de la fosa apareció un riquísimo ajuar, con algunas piezas conservadas enteras. Los materiales son bastante homogéneos desde el punto de vista cronológico, pudiendo datarse entre los siglos X y XI. Lo integran piezas de cerámica, vidrio, hierro y bronce. Ese conjunto de materiales nos indican el momento de abandono de la fosa, que se situaría aproximadamente a finales del siglo XI.

Por lo que a la cerámica se refiere (fig. 7 y 8), el repertorio formal era bastante variado, aunque mucho menos que el del período almohade. Encontramos algunos fragmentos pertenecientes a formas de almacenamiento y transporte como tinajas, cántaras de cuello cilíndrico alto y orzas de asas entre hombro y panza. Algunas de ellas presentan marcas de fuego que indican la posibilidad de haber servido como ollas.

El grupo más numeroso lo constituían las piezas de cocina formado por ollas en gran porcentaje y sus tapaderas de base plana, pared troncocónica invertida y asa de botón. También fue localizado un reducido porcentaje de cazuelas con claras marcas de fuego que, por su forma, podrían considerarse atafiores. Por último dentro de este grupo, encontramos algunos fragmentos de alcadafes de paredes troncocónicas invertidas, generalmente con superficies bruñidas.

Distinguimos, básicamente, cuatro tipos de olla:

- Olla de cuerpo de tendencia piriforme, cuello cilíndrico, base plana o ligeramente convexa, con una única asa (fig. 7, 1).
- Olla de cuerpo de tendencia piriforme, con cuello cilíndrico o troncocónico invertido fuertemente estriado, base plana o ligeramente convexa y un asa (fig. 7, 2).
- Olla de cuello cilíndrico y cuerpo globular, también con asa única y base plana o convexa (fig. 7, 3).
- Olla de cuello cilíndrico o troncocónico más corto, cuerpo globular ligeramente achatado y dos asas. Pueden aparecer con base plana o convexa (fig. 7, 4-5).

Las formas de mesa eran bastante escasas y poco variadas si las comparamos con el repertorio de época almohade. Encontramos únicamente atafiores, jarritas y jarritos que comparten algunas formas y un ejemplar de taza.

Los tipos de atafior son básicamente tres:

- Atafior de cuerpo semiovalado y borde en ala (fig. 7, 9).
- Atafior de cuerpo hemisférico sin anillo solero (fig. 7, 8 y 10).
- Atafior de cuerpo hemisférico y anillo solero (fig. 7, 11).

La forma más diversificada es el jarrito/jarrita. Encontramos los siguientes tipos:

- Jarrita de cuello cilíndrico estrecho, dos asas y cuerpo globular, con base plana o convexa (fig. 8, 1-2).
- Jarrita de cuello cilíndrico ancho y con cuerpo globular (fig. 8, 3).
- Jarrito/jarrita de cuello cilíndrico ancho, cuerpo bitroncocónico con hombro escotadura en que puede aparecer con dos asas o con una (fig. 8, 4).
- Jarrita de cuello troncocónico invertido y cuerpo ovoide cubierta de engobe rojo (fig. 8, 6).

Dentro de las formas de mesa es especialmente interesante un ejemplar de taza de cuerpo bitroncocónico y anillo solero con decoración epigráfica en cuerda seca parcial (fig. 8, 7).

Era muy reducido el número de fragmentos de contenedores de fuego, lo cual es un fenómeno anómalo especialmente en el caso de los candiles aunque no tanto en el de los anafes que sólo se generalizaron en el período almohade.

Por lo que respecta a las características técnicas del conjunto, se trataba de cerámica de pastas anaranjadas o rojas, con abundantes elementos no plásticos de media dimensión. En casi todos los casos fue utilizado torno rápido, aunque con un dominio deficiente del mismo como se desprende del elevado porcentaje de piezas irregulares o deformes. Las cocciones, en su mayor parte, alternaban la reducción y la oxidación. Son muy pocos los ejemplos de piezas cocidas en ambiente reductor, tratándose siempre de ollas.

Bastantes piezas presentan imperfecciones técnicas lo que incita a proponer su procedencia de un taller bastante próximo o incluso local. Sólo algunas piezas que poseen características técnicas y decorativas bien diferenciadas podrían proceder de intercambios comerciales. Dentro de este grupo de cerámicas importadas encontraríamos algunos ataifores vidriados del tipo hemisférico, algunas jarritas de pasta blanca y la taza en cuerda seca parcial.

Sorprende el reducido porcentaje de objetos decorados con vidriado dado el carácter comercial de Mértola y la zona de privilegio en que fue encontrado este lote de materiales. Así, por ejemplo, las piezas decoradas en verde y manganeso son muy escasas y fragmentarias.

Con relación a los hallazgos metálicos se exhumó un muy reducido conjunto de objetos de hierro compuesto por clavos, puntas de flecha, una lámina de cuchillo y un pequeño gancho. Por contra, el material vítreo es relativamente abundante. En el conjunto se destaca un pequeño frasco y un vaso. En contrapartida constatamos una ausencia casi total de objetos de hueso trabajado, bronce o cobre.

La presencia de estructuras urbanas claras como es el caso de la fosa aséptica y de este conjunto de objetos de uso cotidiano nos permite afirmar con una razonable seguridad la existencia de un espacio de vivienda en el Castillo en época califal y taifa, posiblemente abandonado en el momento en que la fosa dejó de estar en uso, a

finales del siglo XI.

EL BARRIO ALMOHADE DE LA ALCÁÇOVA DO CASTELO

El denominado barrio de la Alcáçova do Castelo se ubicó en un sector de la ciudad que había tenido una ocupación marginal hasta el siglo XII (fig. 2, 3). Durante los primeros siglos del dominio islámico de Mértola, las ruinas de los edificios de la Antigüedad Tardía hicieron de este espacio un lugar poco acogedor en el que cualquier programa de obras se enfrentaría con las dificultades derivadas de la existencia de grandes desniveles y de restos de construcciones muy resistentes gracias a la enorme dureza de las argamasas antiguas.

En época almohade estas dificultades fueron superadas desarrollándose una intervención urbanística de gran magnitud. Las tareas de construcción del barrio almohade ocasionaron grandes movimientos de tierra y sistemáticos desmontes de muros. Un ejemplo de esta fuerza mobilizadora lo tenemos en el criptopórtico que se rellenó de forma rápida en un momento contemporáneo a la construcción de las viviendas.

Éstas se construyeron formando pequeñas manzanas, de dos o tres casas a lo sumo, que compartían algunos muros medianeros. Las calles que las separaban eran extraordinariamente estrechas. Por ellas mal podrían circular burros o cualquier otro animal de carga. La mayoría de ellas acababan en callejones sin salida que podrían haber tenido un uso semiprivado (fig. 9).

El programa de obras del barrio se realizó de forma planificada. De este modo algunos servicios fueron trazados de modo que sirviesen simultáneamente a varias viviendas. Así, algunas de las casas poseían un sistema de alcantarillado común concebido de forma conjunta, como es el caso de las casas I y II. No obstante, lo más habitual no era el uso de grandes alcantarillas. El saneamiento básico se realizaba recurriendo a fosas sépticas ubicadas en la calle contigua a la letrina de la casa. Por lo que se refiere a las aguas residuales de las cocinas, era más frecuente que, para canalizarlas, se utilizasen atarjeas.

La estructura de las viviendas respondía a un conjunto de reglas fijas que eran respetadas independientemente del tamaño de la vivienda o de las posibles transformaciones que pudieran sucederse. Todas las casas se articulaban alrededor de un patio central descubierto al que se abrían las otras dependencias del hogar. Sólo la letrina podía, en algunos casos, no estar comunicada con él. El atrio servía de espacio de transición entre la calle y el corazón de la casa.

Además de estas tres dependencias (patio, atrio y letrina), cada casa contaba, al menos, con un salón en el que se individualizaba una pequeña alcoba y la cocina que solía estar dividida en dos espacios diferenciados, uno para almacenamiento y otro para la confección de alimentos. Algunas viviendas contaban con un segundo salón que podía no tener alcoba diferenciada y espacios secundarios de

almacenamiento. Una casa grande no implicaba necesariamente un mayor número de dependencias sino un mayor tamaño de estas últimas.

En todo el barrio de la Alcáçova se empleó un sistema homogéneo de técnicas constructivas. Todos los muros de las viviendas tenían aproximadamente la misma anchura, unos 50 cm., y estaban constituidos por zócalos de mampostería de unos 70 cm. de altura en los que se utilizaban piedras de esquisto trabadas con barro. Sobre estos soportes en piedra se elevaban muros de tapial. Todo el paramento se recubría posteriormente con una gruesa capa de enlucido de barro mezclado con argamasa y con sucesivas capas de cal.

En algunas ocasiones, se levantaban tabiques mucho más finos, contruidos con adobes y sin función sustentante. Se trataba siempre de muros interiores destinados a separar ambientes dentro de estancias mayores o delimitar espacios de uso diferenciado. Este tipo de tabiques se encontraban separando zonas de fuego y de agua de las cocinas, delimitando alcobas, o actuando como protectores de la intimidad en las letrinas.

Las soluciones más variadas se encuentran en los pavimentos. Normalmente una misma vivienda utilizaba varios tipos de suelos diferentes. Uno de los más utilizados era el ladrillo que se utilizaba en patios, en espacios de cocina (sobre todo en las áreas de agua) y en letrinas. También era muy común el uso de suelos de lajas de esquisto de grandes dimensiones que se aplicaban en situaciones semejantes: cocinas, letrinas, patios y atrios de entrada. Igualmente frecuente era el uso de lajas de esquisto en puntos específicos de las construcciones como en los umbrales de las puertas. Los salones se solían pavimentar con pisos de argamasa coloreada con almagra. Las viviendas más modestas usaban simples suelos de tierra batida.

Tenemos abundantes elementos provenientes de las cubiertas de estas casas que eran contruidas con tejas de media caña o teja árabe. Debían sostenerlas barrotes de madera sobre los que posiblemente asentarían entramados de caña. Este sistema sería el mismo que se ha utilizado hasta nuestros días en el Alentejo tradicionalmente. Posiblemente los tejados vertieron hacia el interior del patio descubierto en cuya alberca central se acumularía el agua de lluvia.

Aunque estas eran las características generales, las soluciones concretas aplicadas en cada vivienda podían variar. A continuación describiremos un ejemplo: la Casa X (fig. 10).

LA CASA X

Se trataba de una vivienda delimitada a Oeste y Sur por otras casas y a Norte y Oeste por una calle, muy estrecha, de 1,2 m. de anchura, de trazado sinuoso. En la fachada norte se abría la puerta de ingreso, en el mismo tramo de calle en que se encontraba la entrada de la vivienda contigua (fig. 9).

En relación a estas entradas debemos destacar que ambas reutilizaron en su

configuración elementos de época romana. La Casa X utilizó, para una de las jambas de la puerta, un sillar de granito de grandes dimensiones en el que se distinguen dos caracteres latinos gravados, aunque muy desgastados y dispuestos verticalmente. La casa contigua (Casa XIV), tenía como forma de ingreso una puerta cuyo umbral era un fragmento de fuste de columna.

Estos dos no eran los únicos casos de este barrio con puertas marcadas por una pieza de época romana en la entrada. En la Casa I encontramos también un ingreso definido por un fragmento de columna (MACIAS, 1996). Podemos comparar estos casos, muy modestos, con otros ya de carácter palatino como son las puertas de entrada a la Alcazaba de Málaga, en las que los *spolia* asumen una fuerte carga simbólica destinada a realzar la estirpe de los constructores (ZOZAYA, 1998).

Junto a la puerta de entrada se localizaba una fosa séptica. Ésta no se encontraba sellada en el momento de su hallazgo, aunque aparecieron junto a ellas las lajas que debían cubrirla en la época en que la casa estaba en funcionamiento. La fosa comunicaba, a través de una pequeña atarjea, con la letrina situada a una cota bastante más alta que el resto de la vivienda para facilitar el desagüe.

La puerta daba acceso a un atrio de 2,75 por 1,80 m de anchura, que permitía, por un lado, la entrada a la letrina de la casa y, por otro lado, enlazaba el exterior con el patio. Las tres puertas abiertas en esta dependencia estaban situadas de forma estratégica para evitar que desde ninguna de ellas se viese el interior de los otros ambientes.

El patio descubierto era el verdadero centro vital del hogar. Este recinto de 2,66 m de anchura por 3,20 m. de largura distribuía el espacio comunicando todas las estancias entre ellas. Repartía, también, aire y luz a través de las puertas.

El centro del patio estaba ocupado por una pequeña alberca de 1,25 m. de lado rodeada de un estrechísimo andén formado por lajas de esquisto. En su esquina NW, la de cota más baja, se encontraba un orificio que, a modo de rebosadero, conducía las aguas sobrantes para la calle. En su extremo opuesto, el más alto, se localizaba la salida de una canalización que traía las aguas de una estancia situada al sur, de reducidas dimensiones, pavimentada con baldosas.

Este pequeño espacio se abría al patio por una puerta en arco, hecho que se dedujo a partir de los restos de la puerta encontrados durante las excavaciones. Se ha interpretado como una dependencia destinada al almacenamiento, especialmente de líquidos, que serían drenados a través de la canalización que conducía a la alberca del patio. No hay duda de que serían aguas limpias las que desaguaban por esta vía, ya que no sería higiénico almacenar otro tipo de líquidos en el centro de la vivienda, el espacio de convivencia por excelencia.

Un pequeño tabique, que quizá no llegase hasta el techo, separaba este espacio con la dependencia contigua dedicada a la cocina. En este espacio se diferenciaban dos áreas. Una de ellas se dedicaba a la cocción de alimentos. El hogar se situaba sobre un conjunto de ladrillos dispuestos sobre el pavimento de la casa

que estaba construido con argamasa coloreada con almagre. Esos ladrillos presentaban marcas evidentes de la acción del fuego.

Un segundo área de esta cocina se dedicaría a la preparación de los alimentos. En ella se encontró un orificio en el pavimento que serviría para encauzar los residuos de la casa, a través de una conducción bastante ancha, probablemente hacia una segunda fosa de grandes dimensiones que se situaba al sur de la vivienda.

La casa presentaba dos salones confrontados de dimensiones semejantes. Sus respectivas alcobas se situaban en la zona sur del aposento. En ambos casos fueron construidas utilizando un pequeño murete de adobe con un pequeño orificio de entrada. Posiblemente este murete servía para sostener una tarima en la se situaría el lecho (MACIAS, 1996).

Una de las alcobas, la del salón del ala este de la casa, presentaba una planta sumamente extraña, en forma de "L". La excavación de los espacios contiguos a esta alcoba no ha concluido por lo que actualmente es difícil interpretarlos, no obstante, pensamos que su forma inusual debió estar condicionada por la ampliación de la vivienda a costa de algún espacio público que quedaba desocupado al sur.

En las dos estancias, la técnica de revestimiento de paredes y suelos era la misma. Estaban formados por una consistente capa de argamasa de cal sobre la que se aplicaba una tenue lechada de almagre. El acceso a estos salones se producía a través de puertas bastante estrechas aunque con sus umbrales bien marcados con lajas de esquisto. Una de la puertas, la del salón situado en el ala oeste de la casa, se cerraba con dos hojas que dejaron su marca en la laja sobre la que se abrían.

Este salón oeste presentaba otra particularidad. Su muro occidental, poseía una puerta que parece haber sido tapiada en una segunda fase de la vida del edificio. Una hipótesis de explicación es que este salón perteneciese a la vivienda contigua, de la que habría sido separado para formar parte de la Casa X. Ésta podría haberse construido aprovechando espacios que habrían sido públicos en una primera fase de la vida del barrio.

Estos fenómenos de redistribución espacial no fueron raros en la fase final del dominio islámico de Mértola. Otras casas sufrieron alteraciones semejantes e incluso más drásticas. La gran Casa IX que se sitúa inmediatamente al sur de la casa X, fue dividida al menos en tres viviendas de reducido tamaño. Su excavación aún no ha concluido, pero podemos adelantar que la casa VIII es fruto de la separación del sector sur de la Casa IX. El resto de la vivienda se dividiría por la mitad elevando un muro separador que partiría el patio y su enorme tanque central.

EL AJUAR DE LA CASA DE ÉPOCA ALMOHADE.

Las excavaciones del barrio almohade de Mértola han proporcionado un lote abultadísimo de objetos que podemos datar en el momento final de abandono del barrio, en una fecha próxima a la toma de la ciudad por Sancho II en 1238.

A diferencia del ajuar de los niveles sellados del Castillo, los artefactos presentes en el barrio eran mucho más variados, tanto en lo que se refiere a cerámica, como a metal y hueso trabajado.

La cerámica de época almohade era mucho más diversificada en lo que respecta al repertorio de formas funcionales que la cerámica de época califal y taifa, sobre todo en las formas de mesa. También era mucho más variado el abanico de soluciones decorativas que empleaba.

Las técnicas de fabricación eran por lo general más depuradas, aunque en algunos casos se aplicaban métodos más toscos pero adecuados al uso para el que se destinaba la pieza.

La mayor especialización funcional de las cerámicas de época almohade dio lugar a una compleja tipología que no vamos a abordar en detalle ahora. A continuación referiremos únicamente los objetos de mayor relieve.

Dentro del grupo de la cerámica de almacenamiento y transporte encontramos tinajas, cántaras, cantimploras y una gran variedad de orzas. Básicamente encontramos dos tipos de tinajas, una más alta que se destinaría posiblemente a almacenar sólidos y otra de cuerpo más bajo y globular, pero también de grandes dimensiones, destinada a almacenar agua.

Estas últimas disfrutaban de un papel de gran relieve en la vivienda. Cada una de las casas del barrio poseía una gran tinaja ricamente decorada con motivos estampillados de fuerte simbolismo profiláctico. Estas tinajas podían apoyar sobre el suelo, aunque lo normal era que reposasen sobre unos soportes, aproximadamente cilíndricos. Estos reposaderos tenían la función, no sólo de sostener la tinaja sino, sobre todo, de recoger el agua que rezumaba de sus paredes. Un pequeño pico vertía el agua que se acumulaba en el reposadero para una jarrita o alguna otra pieza de menor tamaño.

Muchos objetos diferentes se utilizaban para el almacenamiento de alimentos. Las orzas presentaban una gran diversidad de tipos, muy diferentes entre si tanto por el tamaño como por su forma (fig. 11, 9-12). No obstante, esa función pudo ser desempeñada también por objetos no creados específicamente para ella. Muchas ollas eran utilizadas alternativamente para cocinar y para guardar alimentos. Algunas orzas poseían más de dos asas posiblemente para poder colgarlas de los barrotes del techo y así acondicionarlas fuera del alcance de los roedores y protegerlas de otros posibles accidentes domésticos.

Mucho más específica era la forma de las cántaras que se destinaban a traer agua hasta la casa (fig. 11, 1-2). En todas las viviendas encontramos uno o dos ejemplares de estos objetos. Se trataba, de piezas de un tamaño razonable, cuerpo de carácter ovoide, cuello bien diferenciado, relativamente estrecho para evitar derramar el contenido con facilidad, y dos asas para facilitar la tarea de levantarlo y transportarlo.

La cantimplora también se dedicaba a transportar agua aunque en pequeñas

figuras de animales que pudieron haber formado parte de piezas más complejas como el alcadafe de Tavira (LISBOA, 1998).

Los objetos de cerámica son los que se han conservado mejor, pero también tenían un lugar destacado las piezas de metal, vidrio y hueso trabajado, aunque son mucho más escasas. Entre los útiles de hierro se han conservado herraduras, láminas de cuchillo y un numeroso conjunto de clavos de diversos tamaños y formas. Es bastante abultado el lote de armas encontradas en el barrio almohade que se componía de un nutrido y variado conjunto puntas de flecha, puntas de dardo para ballesta, puntas de lanza y conteras de lanza (RAFAEL, 1999).

El bronce se utilizaba para piezas más delicadas, aunque igualmente de carácter utilitario. Una de las más interesantes eran los anzuelos ejecutados con una destreza notable. La admirable perfección formal de estos utensilios nos indica una fuerte especialización en su fabricación que no sería en ningún caso fruto de una producción propia de los pescadores.

En algunos casos encontramos en bronce los mismos objetos que conocemos en materiales más baratos como la cerámica. Es el caso, por ejemplo, de los candiles de piquera. Otros enseres, sin embargo, presentan formas diferentes en metal y en cerámica como es el caso de la vajilla de mesa. El único recipiente de este tipo de que disponemos es un plato plano ricamente decorado con motivos cincelados cuya forma no se constata en otros materiales.

Los objetos de adorno personal solían ser también de bronce, aunque algunos anillos y pendientes eran fabricados en oro y plata, claro está, en un volumen muy inferior. Eran bastante frecuentes los pendientes de esfera y las pulseras fabricadas en bronce. De entre los anillos se destaca uno fabricado en oro y decorado con una piedra semipreciosa y una expresiva inscripción en la que se lee al-raís, 'el jefe'. Posiblemente muchas de estas pequeñas joyas se fabricaron en el propio barrio ya que se ha encontrado un pequeño crisol de orfebre con indicios de haber contenido plata (SILVA, 1992).

Dentro de los enseres fabricados con hueso podemos destacar las arquetas. Se trataba de piezas utilizadas para guardar pequeños objetos de valor. Posiblemente tenían cuerpo de madera, del que no nos ha quedado ningún rastro, forrado con finas plaquitas de hueso que es lo que nos aparece en las excavaciones. Su estado muy fragmentado impide recomponer completamente estas pequeñas cajitas. En algunas de las placas se puede distinguir todavía la decoración gravada o tallada que consistía en motivos geométricos o epigráficos. Otras placas más gruesas se destinaban a servir de mango para cuchillos. En el barrio almohade se ha encontrado varios de estos cuchillos aún con sus dos cachas.

Entre el ajuar doméstico de hueso trabajado encontramos enseres de higiene personal como los peines que, por lo general, poseían dos líneas de púas. También eran fabricados con este material objetos de uso lúdico como instrumentos musicales y dados.

Merece algún detenimiento un conjunto de piezas que fueron identificadas por Cláudio TORRES (1986) como torres de rueca y que anteriormente se habían interpretado como mangos de cuchillo o como piezas de ajedrez. Se trata de objetos aproximadamente cilíndricos, ricamente decorados, que coronaban las ruecas. En el barrio almohade de Mértola encontramos un número considerable de este tipo de útiles al que debemos añadir un conjunto aún más numeroso de puntas de huso en bronce, fácilmente identificables por su punta helicoidal (TORRES, 1986).

Se han encontrado otros tres tipos de utensilios relacionados con la artesanía textil y con la fabricación de vestuario: los templenes, consistentes en una especie de mango dentado de hierro destinado a mantener estirado el tejido en el telar (RETUERCE, 1987), las fusayolas fabricadas tanto en hueso como en cerámica y piedra, y los dedales de bronce.

Este conjunto de instrumentos artesanales muestra de forma fehaciente la importancia que la artesanía textil tenía en la vida doméstica. Con toda seguridad, una gran parte del tiempo de los miembros femeninos de la familia se ocuparía en las distintas tareas relacionadas con la confección de tejidos: el cardado, el hilado, la tejedura, etc. Cabe la posibilidad de que la producción no se destinase sólo al uso doméstico sino que también pudiese ser comercializada.

CONCLUSIONES

Los datos con que contamos en la actualidad, tanto los provenientes de los textos como de los restos materiales, son muy pobres y no permiten definir con exactitud la evolución urbana de la ciudad durante los primeros siglos del dominio islámico y menos aún de las características de los espacios de vivienda. No obstante, es muy posible que, en esa época, la zona habitada de Mértola estuviese reducida casi exclusivamente a la zona del alcázar. De hecho, las fuentes se refieren a la localidad denominándola como hisn.

A finales del siglo XI pudo mudar fuertemente esta situación y la ciudad comenzaría a extenderse por todo el recinto fortificado. El castillo pasaría entonces a desempeñar una función casi exclusivamente militar. Esto motivaría el abandono de las viviendas, bien dotadas de infraestructuras, que existían en su interior hasta ese momento y la creación de grandes y densos barrios residenciales tanto en el interior del recinto amurallado como en su exterior formando arrabales.

Una parte de ese crecimiento urbano estuvo alimentado por la población rural de los alrededores de la ciudad. De hecho parece que una parte de los núcleos de población que se dispersaban por el territorio desaparecieron en torno al siglo XII. Es el caso de Alcaria Longa, un pequeño asentamiento rural situado aproximadamente a 25 km. a sudoeste de Mértola. En él se registra una ocupación de época califal que pudo haber durado hasta el siglo XII (BOONE, 1996). Su población debió desplazarse a Mértola amenazada por las incursiones de las tropas

portuguesas o atraída por las oportunidades que proporcionaría una ciudad portuaria con una fuerte actividad comercial.

Este fenómeno pudo haberse iniciado en la época de ascenso del poder almohade, no obstante, el crecimiento urbano de la ciudad del Guadiana ya debía ser considerable a mediados del siglo XII cuando el mahdí Ibn Qasi la tomó como capital de su pequeño y efímero reino.

Este aumento de la densidad demográfica pudo estar motivado en parte por el empuje cristiano, que motivó la huida de musulmanes de las regiones recientemente conquistadas en la zona del Tajo y generó fenómenos de concentración de la población rural en los núcleos urbanos mejor defendidos.

Pero no debemos en absoluto atribuir este crecimiento de forma exclusiva a la presión de los ejércitos portugueses. Los hallazgos del barrio almohade de Mértola muestran estructuras de vivienda muy alejadas de las que conocemos en ambientes rurales y cuya manutención implica una organización de carácter "municipal". También muestran una proliferación de actividades artesanales especializadas, como la orfebrería o la industria textil. La dinámica económica que se deduce de todos estos hallazgos fue, sin duda, un motor de crecimiento de la ciudad en el final del dominio islámico.

BIBLIOGRAFIA

- ALARCÃO, J. (1990): "A conquista do Território", *Nova História de Portugal. Portugal das Origens à Romanização. I*, pp. 345-351. Lisboa.
- ALMEIDA, J.(1943): (ed.) *Livro das Fortalezas de Duarte Darmas*. Lisboa.
- BARROS, F.; BOIÇA, J. y GABRIEL, C.(1996): "As Comendas de Mértola e Alcaria Ruiva. As visitações e os Tombos da Ordem de Santiago". *Colecção Estudos e fontes para a História Local, 2*. Mértola.
- BOIÇA, J, y BARROS, F.(1999) "A Mesquita- Igreja de Mértola", *Ordens Militares. Guerra, Religião, Poder e Cultura, Actas do III Encontro sobre Ordens Militares, 2*, pp. 341-365. Lisboa.
- BOONE, James L.(1996): "Uma sociedade tribal no Baixo Alentejo Medieval?", *Arqueologia Medieval, 4*, pp. 25-36. Porto.
- CANDÓN, A.; GÓMEZ, S.; MACIAS, S. y RAFAEL, L.(1999): "Mértola en torno al año mil", *V Congreso de Arqueología Medieval Española*. Valladolid.
- DIAS, M. M (1993): "Epigrafia", *Museu de Mértola. Basílica Paleocristã*, pp. 104-138. Mértola.
- EWERT, C.(1973): "La Mezquita de Mértola (Portugal)", *Cuadernos de la Alhambra, 12*, pp. 307-338. Granada.
- FAGNAN, E.(1924): *Extraits Inédits relatifs au Maghreb (Géographie et Histoire) traduits de l'arabe et annotés*. Alger.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.(1978): " *La España del Siglo Primero de Nuestra Era (Según P. Mela y C. Plinio)*". Madrid.
- GOULART, A.(1992): "*Ibn Qasi, rei de Mértola e Mahdi luso-muçulmano*", *Arqueologia Medieval, 1*, pp. 209-216. Porto.
- GUERRA, A.(1995): *Plínio-o-Velho e a Lusitânia*. Lisboa.
- DOZY, R. y M GOEJE, J. DE (1866): *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrîsî*. Leiden.
- IDRISI, 1989: *Los caminos de al-Andalus en el siglo XII*, estudio traducción y anotaciones de Jassim Abid Mizal. Madrid, Ed. del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Filología.
- LISBOA, 1998: *Portugal Islâmico. Os últimos sinais do Mediterrâneo*. Catálogo da Exposição, pp. 99. Lisboa, Instituto Português de Museus, 1998.
- LOPES, V. (2000): "Achados e valorização do Património Arqueológico", *Mértola. Revista Municipal, 2000, 1er semestre*, pp. 20-24. Mértola.
- MACÍAS, S.(1993): "Um espaço funerário", *Museu de Mértola. Basílica Paleocristã*, pp. 30-62. Mértola.
- MACIAS, S (1996): *Mértola Islâmica. Estudo Histórico-Arqueológico do Bairro da Alcáçova*. Mértola.

- OLIVEIRA, J. y OLIVEIRA, V (1996)., “Síntese da Geologia da faixa piritosa, em Portugal, e das principais mineralizações associadas”, *Mineração no Baixo Alentejo*, pp. 8-27. Castro Verde. Câmara Municipal de Castro Verde.
- RAFAEL, L.(1999) “Estudo do armamento islâmico procedente da escavação na Encosta do Castelo e na Alcáçova de Mértola”, *Arqueologia Medieval*, n.º 6, pp. 123-132. Porto.
- RETUERCE VELASCO, M.(1987): "El templén. Primer testimonio del telar horizontal en Europa?", *Boletín de Arqueología Medieval*, nº 1, pp. 71-77, Madrid.
- SILVA, L.(1992): “O cadinho de ourives de prata do silo nº 5 de Mértola - proposta de análise”, *Arqueologia Medieval*, nº 1, pp. 35-38. Porto.
- TORRES C.; BOIÇA J.; LOPES V. y PALMA M. (1991)., *Museu de Mértola. I Núcleo do Castelo*. Ed. Campo Arqueológico de Mértola.
- TORRES, C.(1986): “Uma proposta de interpretação funcional para os conhecidos <<cabos de faca>> em osso já com longa história na arqueologia ibérica”, *I Congreso de Arqueología Medieval Española. Huesca, 1985, T. I*, pp. 331-341. Zaragoza, 1986.
- VEIGA, Sebastião Philippes Martins Estacio (1983), *Memórias das antiguidades de Mértola*. Edição fac-similada de 1880. Câmara Municipal de Mértola.
- ZOZAYA STABEL-HANSEN, J.(1998): “La fortificación islámica en la Península Ibérica: principios de sistematización”, *El castillo medieval español. La fortificación española y sus relaciones con la europea*, pp. 23-44. Fundación Ramón Areces.

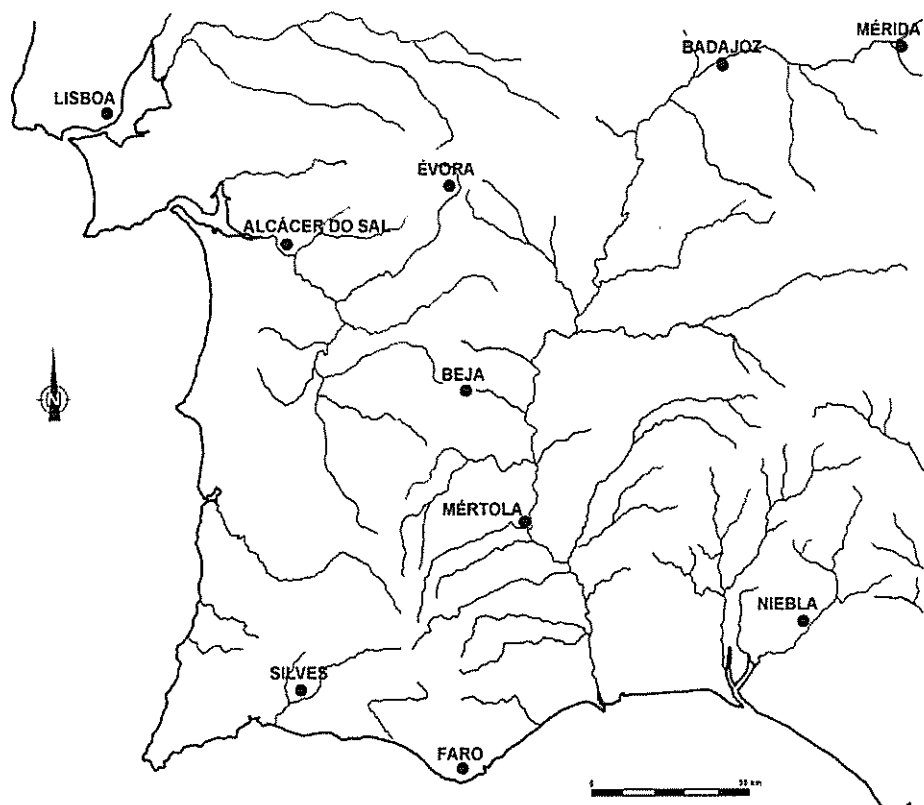


Figura. 1. El Suroeste de la Península Ibérica en época Islámica.

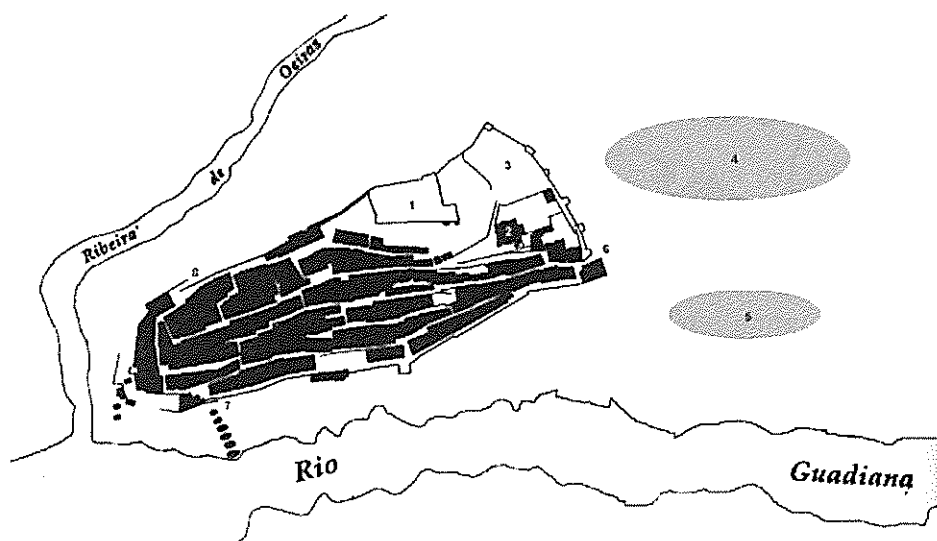
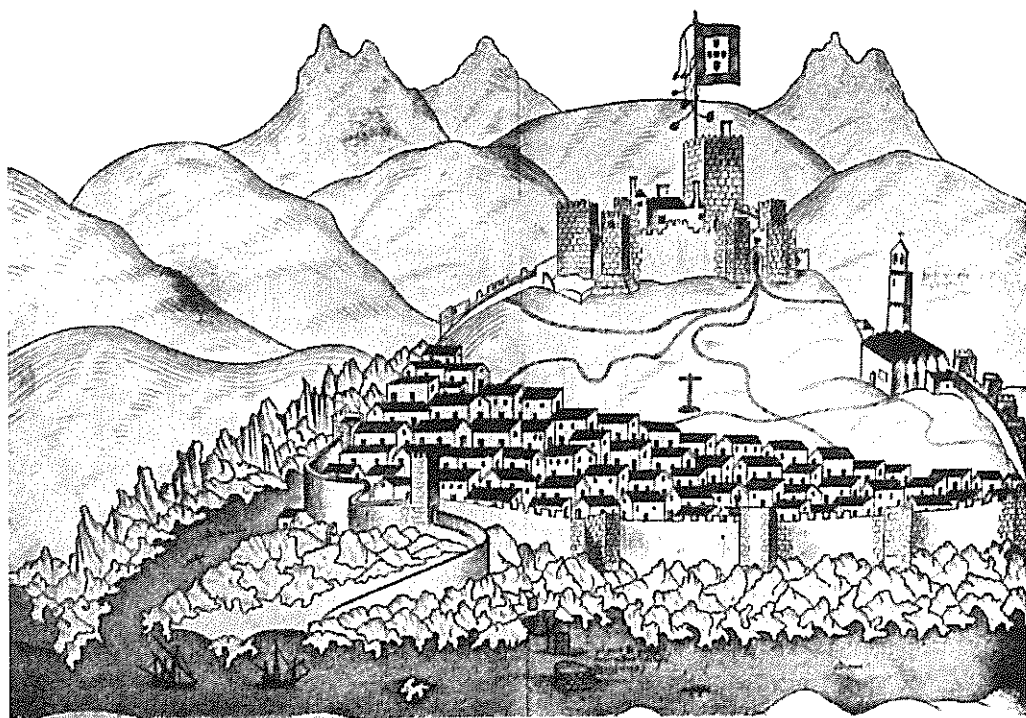


Figura 2. Mértola en la época islámica. 1 Castillo, 2 Mezquita, 3 Barrio almohade, 4 Necrópolis islámica, 5 Arrabal, 6 Puerta de *Beja*, 7 Puerta de la *Ribeira*, 8 Puerta del *Buraco*.



MERTOLA -- Vista tirada da banda do sueste

Figura 3. Mértola vista desde el sureste a inicios del siglo XVI, según Durate D'Armas (ALMEIDA., 1943)

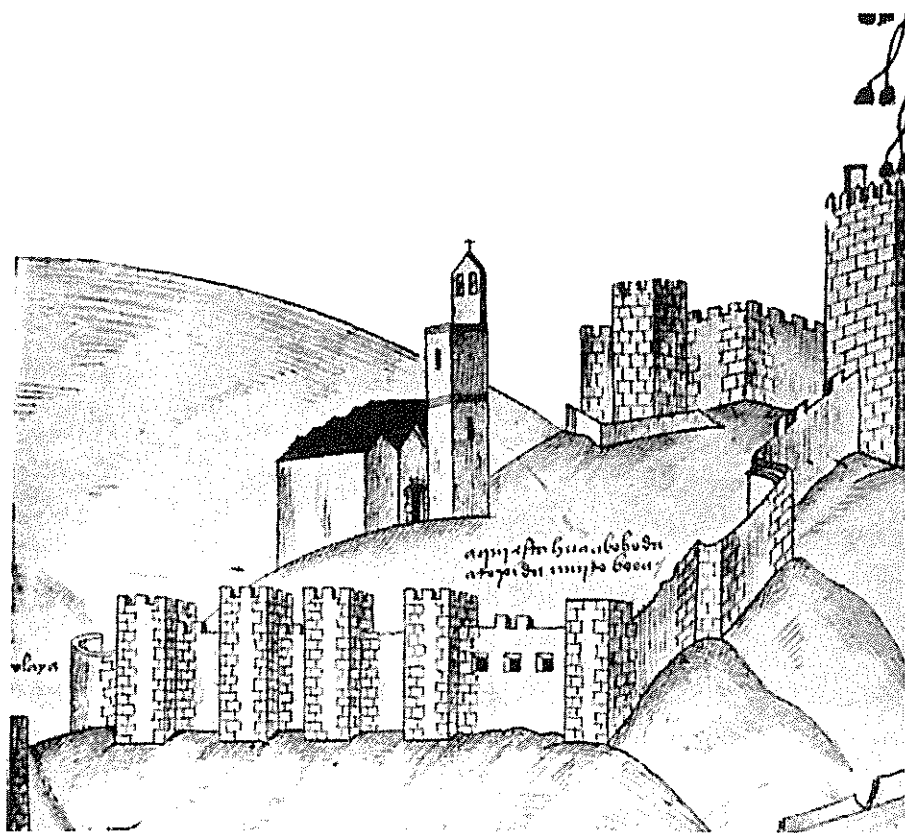


Figura 4. Alzado de la iglesia a inicios del siglo XVI según Duarte D'Armas (ALMEIDA, 1943)

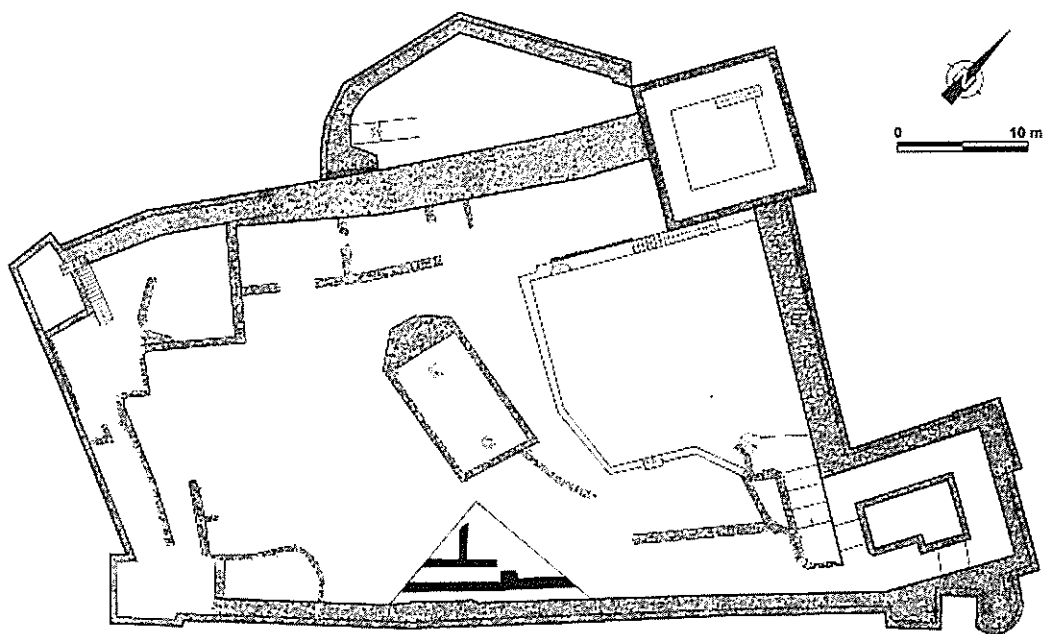


Figura 5. Castillo de Mértola

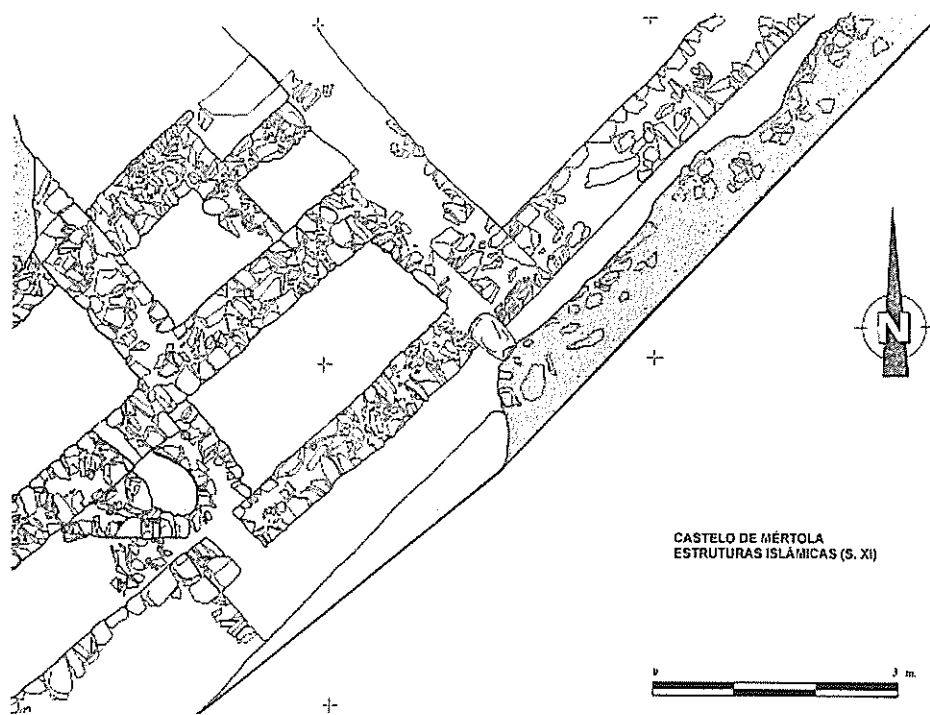


Figura 6 Castillo de Mértola. Estructuras Islámicas.

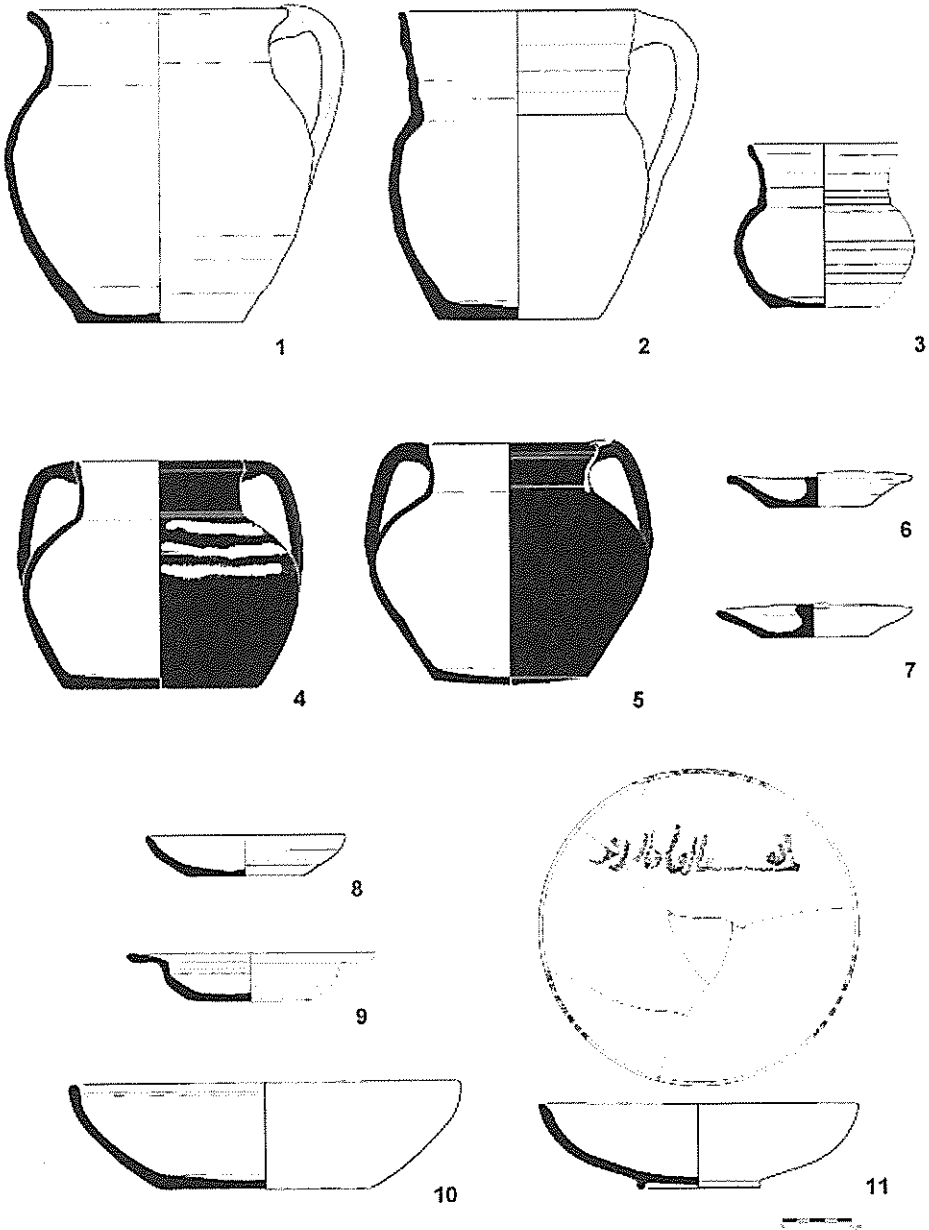


Figura 7. Cerámica islámica del castillo de Mértola (siglo XI).

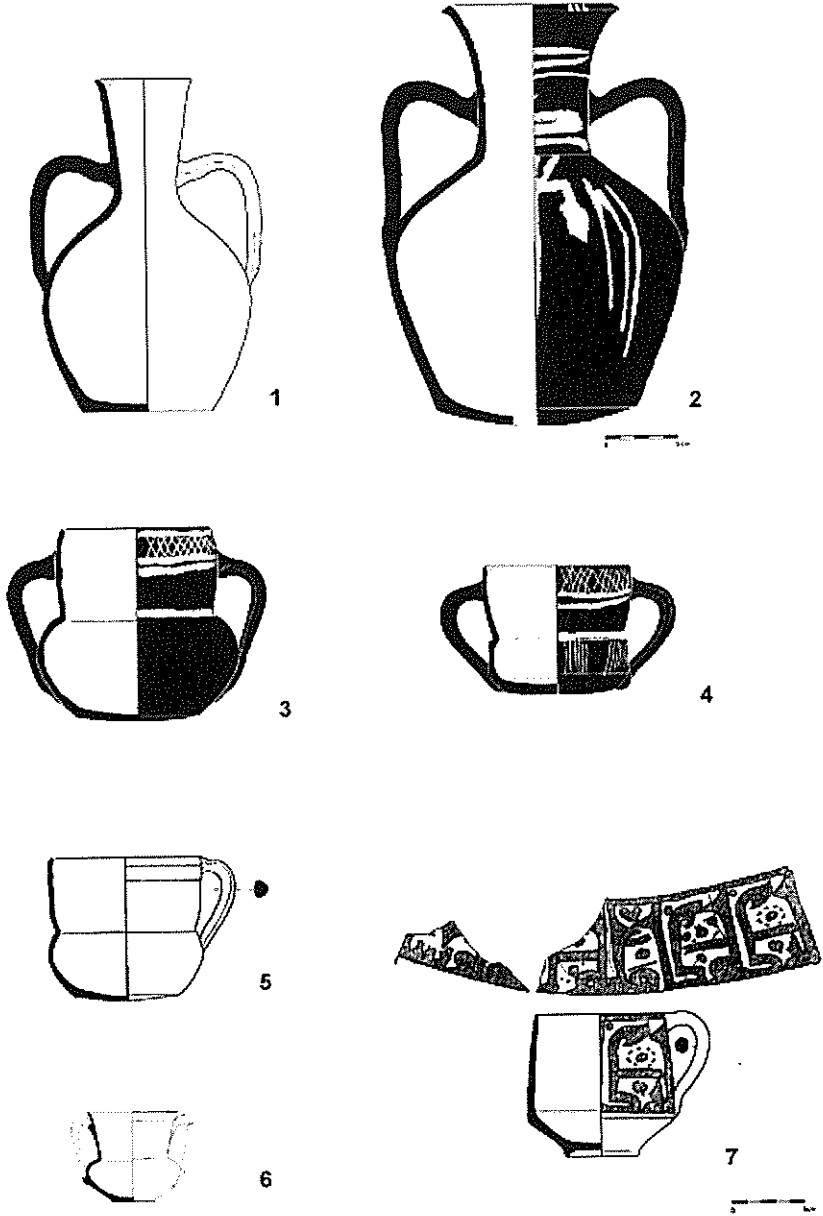


Figura 8. Cerámica islámica del castillo de Mértola (siglo XI).

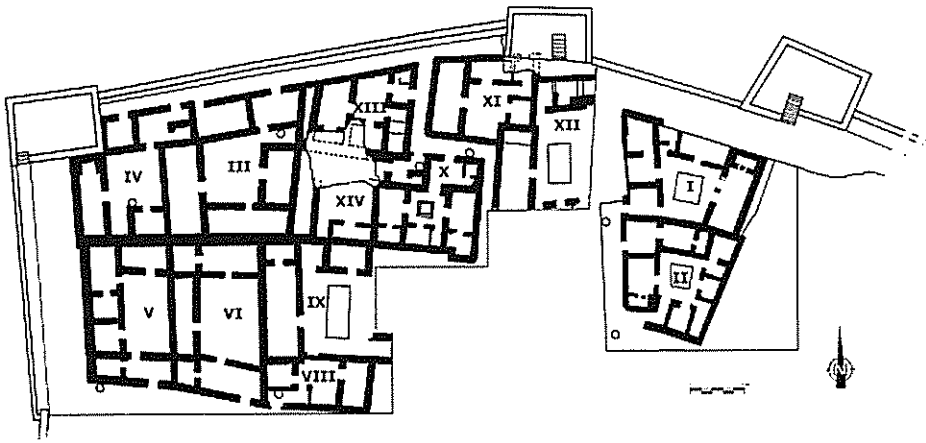


Figura 9. Barrio almohade de la Alcáçova do Castelo de Mértola.

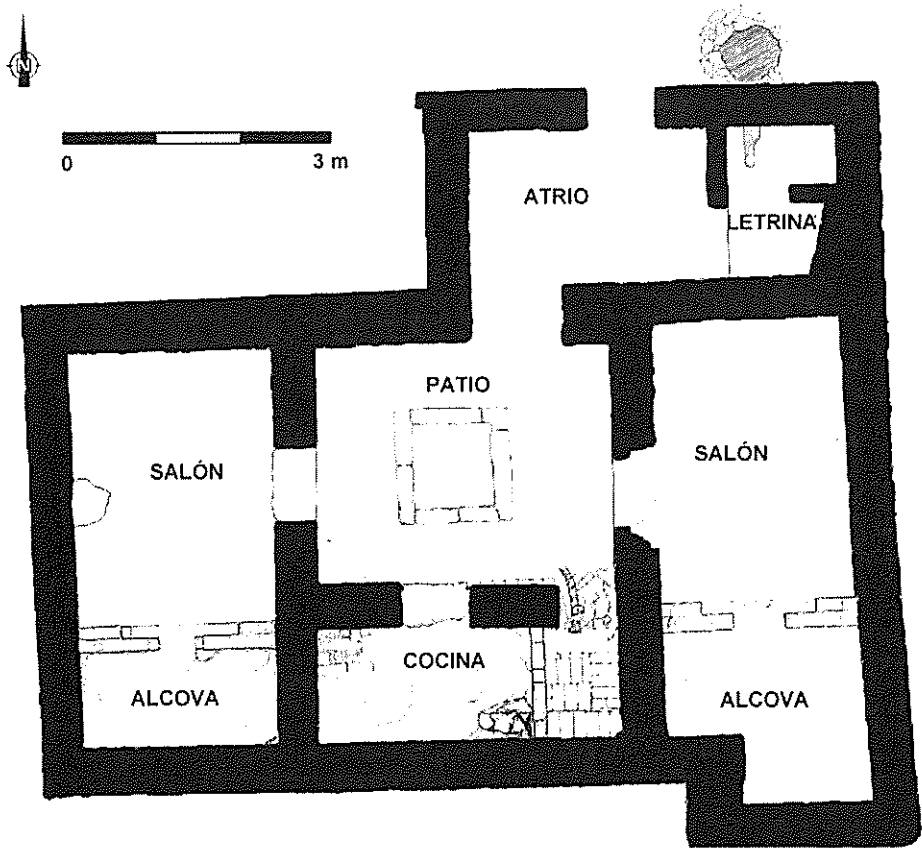


Figura 10. Casa X del Barrio almohade de la *Alcáçova do Castelo* de Mértola.

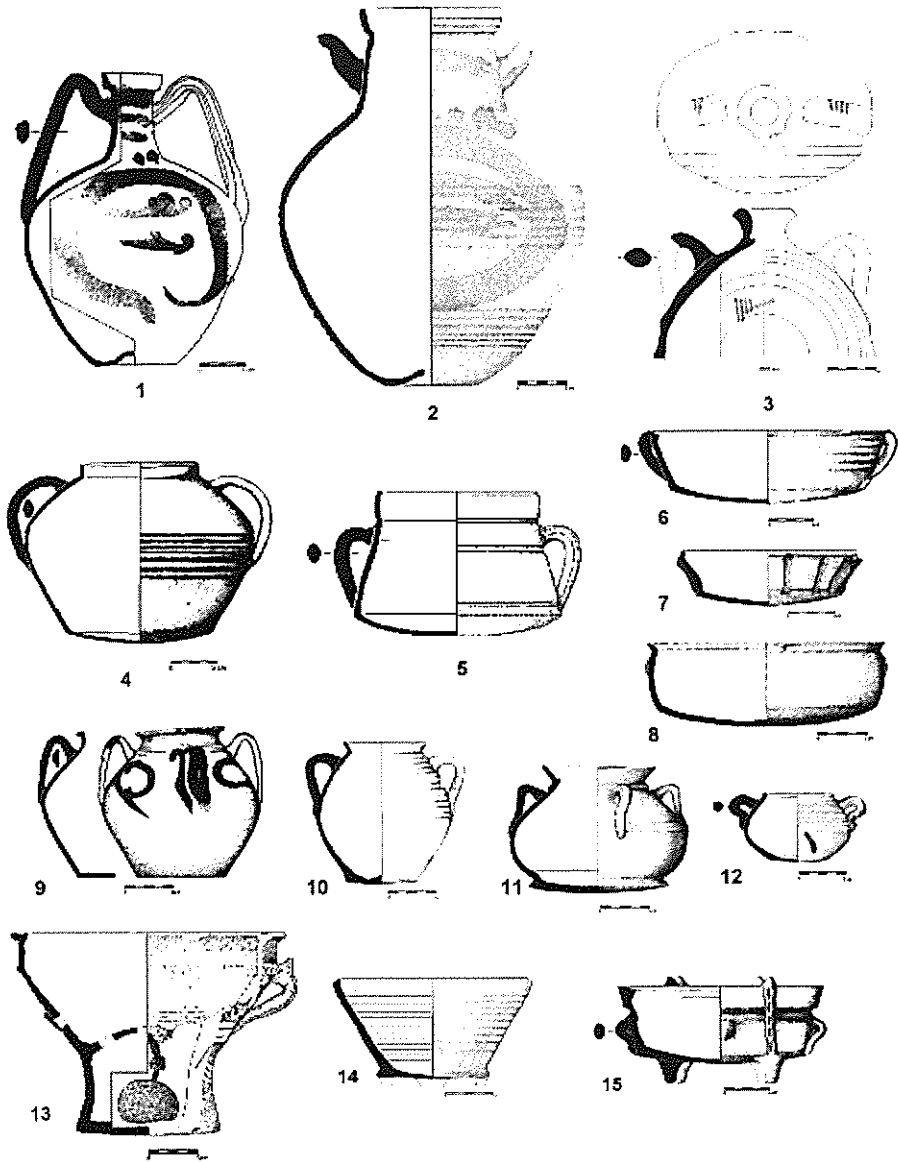


Figura 11. Cerámica de época almohade de la *Alcáçova do Castelo* de Mértola

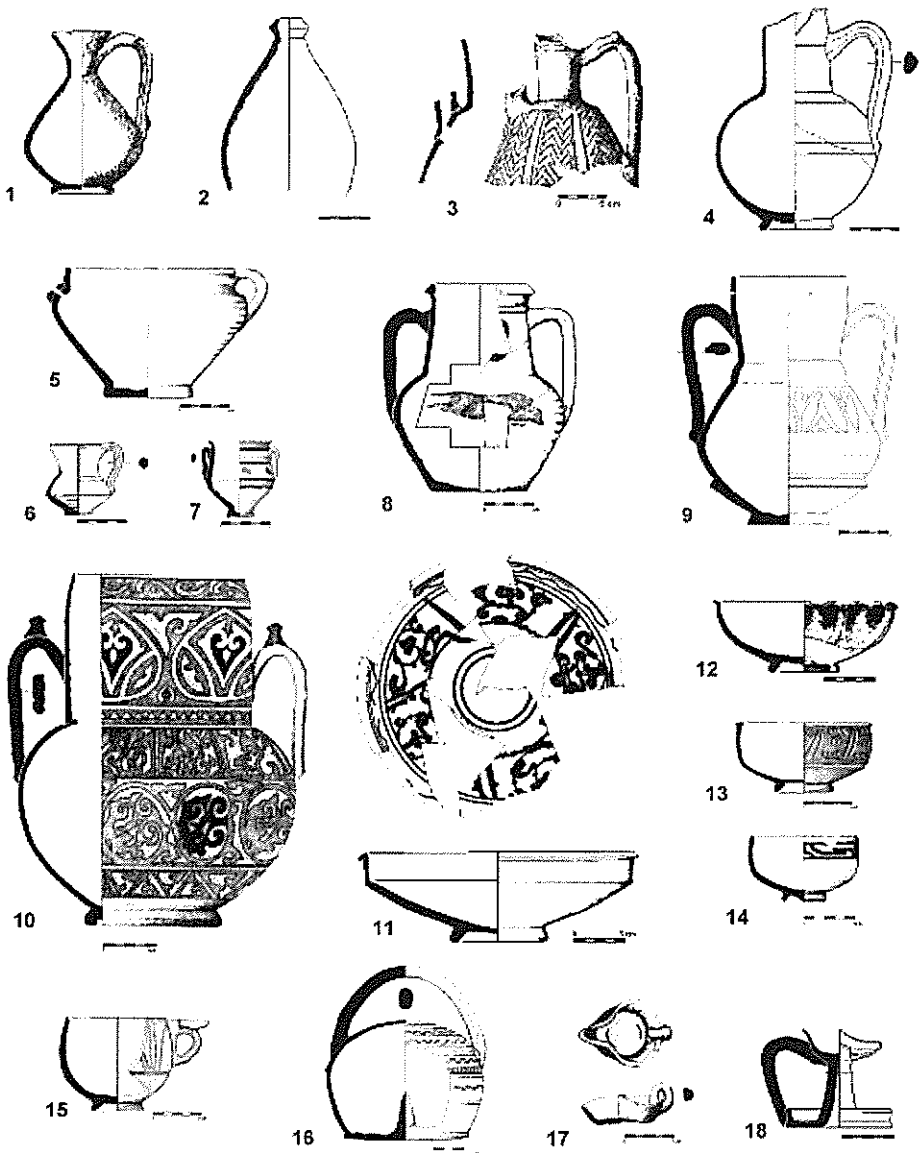


Figura 12. Cerámica de época almohade de la *Alcáçova do Castelo* de Mértola.